ABATE JEAN RIVIERE
Doctor en Teología
Profesor de la Universidad de Estrasburgo

ASCETICA Y MORAL DE SAN BASILIO

Versión castellana de

Nicolás González Ruiz

Serie
Los Santos Padres
N.º 7

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

INTRODUCCION

LA VIDA Y LA OBRA DE SAN BASILIO

San Basilio es una de las figuras más brillantes y menos olvidadas de la antigua iglesia griega. Ya sus contemporáneos le llamaron el Grande. La historia moderna, sin mostrarse tan lírica, no deja de testimoniar a su persona y a su obra una respetuosa consideración.

Por su elocuencia conserva la admiración de los letrados, y, por su papel en las grandes controversias dogmáticas, la atención de los teólogos. Su nombre merece ser colocado inmediatamente al lado de los más grandes. Pero, sobre todo, asceta por vocación y hombre de acción por temperamento, nombrado obispo de una gran ciudad y metropolitano de una vasta provincia, legislador de la sociedad monástica e intrépido reformador de su pueblo, representa mejor que nadie la misión práctica y pastoral de la Iglesia. A este título tiene su puesto muy marcado entre los testigos de la tradición moral del cristianismo.

I

"Para el resto de los hombres se hace el elogio a fuerza de exageraciones, mas por lo que toca a los justos la simple verdad de sus actos basta para mostrar la abundancia de sus méritos" (1). Del hombre que formuló esta regla, lo mejor que puede decirse es que él es digno de servir de ejemplo.

Basilio nació hacia el 329-330 en Cesarea de Capadocia, donde su padre ejercía las funciones de abogado. Honorable, rico y de familia profundamente cristiana, Basilio gustaba recordar que sus antepasados habían recibido en Neocesarea la tradición de San Gregorio el Taumaturgo, y su amigo Gregorio ha contado cómo para huir de la persecución de Dioclesiano habían vivido en los bosques durante siete años.

De niño recibió la educación distinguida que convenía a su rango. Después de haber estudiado en su ciudad natal marchó a las escuelas de Constantinopla, en donde fue discípulo del célebre Libanius, y después a las de Atenas.

Hizo conocimientos con el futuro emperador Juliano y, sobre todo, con su compatriota Gregorio Nacianceno, con quien le unió desde entonces una tierna amistad. Juntos, no querían conocer otro camino que el de la iglesia y el de la escuela. Las obras de Basilio llevan el sello de esta firme educación. Poesía, retórica, filosofía, le son igualmente familiares. No sólo su elocuencia y su estilo suponen el frecuente trato con los buenos modelos; su espíritu ha guardado siempre la más profunda huella de esta cultura clásica, de la que después había de hacerse defensor.

Después de haber cursado el ciclo escolar, Basilio volvió a su ciudad natal hacia el 355-356 y dio lecciones de retórica. Su vida no parece haberse apartado del medio; como tantos jóvenes de las mejores familias, no estaba aún bautizado. Pero el ejemplo de su madre y de su hermana, que acababan de consagrarse juntas a la vida ascética, determinó su conversión. Para iniciarse en la vida de los monjes emprendió un viaje a través de Egipto, Palestina y Siria. Al regreso vendió sus bienes y se retiró a su posesión de Annesi, apacible soledad en las orillas del Iris, de la que ha trazado una encantadora descripción (2). La oración, la lectura y el trabajo manual se repartían sus jornadas (3). Aquí es donde adquirió las nociones teológicas y, sobre todo, aquel extraordinario conocimiento de las Escrituras que revelan sus escritos.

Su ilusión debió ser evidentemente pasar en este piadoso retiro el resto de sus días. Pero la Providencia no había de tardar en llamar a este buen obrero a la vida activa de la Iglesia. En 362, el nuevo obispo de Cesarea, Eusebio, lo ordenó sacerdote y lo llamó junto a sí como colaborador. Pronto surgieron disentimientos que obligaron a Basilio a volver a la ciudad. Pero en 365, en

mejor disposición, Eusebio volvió a llamar a Basilio para no separarse de él más. Desde entonces empezó para éste el ministerio apostólico que dominan, a través de los trabajos y de trastronos de todas clases, la lucha contra los arrianos y arrianizantes, la reforma de los monjes y del clero, la instrucción y la asistencia del pueblo cristiano.

A la muerte de Eusebio (370), Basilio fue el designado para recoger su sucesión. Pero había que contar con la oposición de los arrianos, que presentían en él un temible adversario. La influencia del viejo obispo Gregorio Nacianceno, padre de su amigo, allanó todas las dificultades y Basilio fue elegido. Sin descuidar ninguna de sus obligaciones pastorales debió proveer a los intereses religiosos de una metrópoli que no contaba menos de cincuenta sufragáneos. Había que hacer una buena elección para los nombramientos episcopales, velar por la celebración regular de los sínodos y por la buena conducta de los curas, resolver asuntos difíciles o casos de conciencia embarazosos. Su celo bastaba a todo, y su varonil energía no retrocedía ante ningún obstáculo.

La principal tarea consistía en preservar el rebaño fiel contra el ataque de los arrianos. Labor tanto más difícil cuanto que el emperador Valentino reservaba sus favores a los heréticos y perseguía a los ortodoxos. Basilio fue igualmente insensible a las seducciones y a las amenazas: por primera vez el soberano se encontraba en presencia de un "obispo". Así vacilaba en herirle, y el Metropolitano de Cesarea, a pesar de su independencia, pudo continuar en tranquila posesión de su puesto.

Basilio utilizaba esta situación en favor de la causa de la Iglesia. Y cuando Capadocia fue partida en dos provincias, mantuvo sus derechos metropolifanos contra las pretensiones de Antimio, obispo de Tiana. A fin de asegurarse apoyos impuso a su hermano Gregorio el obispado de Nisa y el de Zasima a su amigo Gregorio. Fuera de su provincia trabajaba por llevar la paz a la Iglesia en Oriente. Con estas miras multiplicaba las conferencias con los colegas orientales y comunicaba regularmente con Atanasio. Sobre todo, se esforzaba en obtener la benéfica intervención del papa Dámaso y de los obispos occidentales. Pero su moderación con los semi-arrianos le hacía sospechoso y el cisma de Antíoco continuaba sin término porque Basilio otorgó su confianza a Melicio, mientras que Roma sólo quería reconocer a Paulino. Así sus

diligencias cerca del Papa quedaban sin resultado y no pudo disimular siempre la amargura que sentía. También fue el principal sostén de la ortodoxia en Oriente, y aunque no salió completamente victorioso, tiene el mérito de haber trabajado con toda su alma en una obra de leal pacificación.

Entretanto, no cesaba de presidir las asambleas litúrgicas de Cesárea y de extender a su rebaño la palabra de Dios. Los intereses temporales de sus fieles no le eran indiferentes: su correspondencia guardó las muestras de múltiples intervenciones para obtener de los magistrados la revisión de un proceso o de una exoneración de impuestos. Preocupado de los pobres, no solamente estuvo en todo momento presto a solicitar en su favor la caridad de los ricos, sino que se preocupó de hacer construir hospitales regionales y fundó él mismo en Cesarea, para centralizar todos los servicios de la asistencia, un gran establecimiento que adquirió las proporciones de una ciudad y que tomó nombre del suyo, *Basiliada.* En medio de sus múltiples ocupaciones, cuya carga aumentó con una enfermedad crónica, Basilio seguía llevando la vida de un asceta, lo que hizo decir a San Greogorio que vivía sin aliento y que había perdido todas sus carnes (4).

Tantos trabajos y mortificaciones gastaron prematuramente su débil salud; se extinguió su vida el 1.º de enero del 379, a la edad de cuarenta y nueve años. Cesárea le rindió desde entonces un culto que no tardó en ratificar la cristiandad entera. Su día es celebrado en Oriente el 1.º de enero y en Occidente el 14 de junio. Entre todas las glorias de la Iglesia es una de las más puras y menos discutidas.

Como todo hombre de acción, Basilio hizo colaborar su talento con la palabra y por escrito a su obra de apostolado. De su actividad nos han quedado importantes fragmentos, que le aseguran un lugar preeminente en la historia literaria del siglo IV.

I. *Correspondencia.*—366 cartas de San Basilio, o de los que con él se comunicaban, han sido publicadas por los benedictinos. De este número es preciso quitar las cartas 39-41 y la 360, dirigidas a Julián el Apóstata, unánimemente consideradas como apócrifas. En cambio, la correspondencia con Libanios, después de haber sido mucho tiempo discutida, hoy día es comúnmente admitida. Pero la de Apolinar de Laodicea está en duda. Estas cartas, excepto algunas que son de simple cortesía, muestran las múlti-

ples ocupaciones de su vida y dan impresión de su prodigiosa actividad.

II. *Obras ascéticas.*—Todos los autores antiguos atribuyen a Basilio un Ασχητιχὸν que debe remontarse al período monástico de su vida. Aunque no han sido resueltas todas las deudas, los críticos le reconocen las partes siguientes:

1.ª Un libro de *Morales,* siemple colección de textos del Nuevo Testamento agrupados alrededor de algunos títulos generales.

2.ª Dos recopilaciones de reglas monásticas; unas más desarrolladas, en 55 capítulos o *Grandes Reglas;* otras resumidas en 313 capítulos o *Pequeñas Reglas.* Abarcan las principales obligaciones de la vida de los monjes.

3.ª A este conjunto debe añadirse algunos escritos de menos importancia, a saber: cinco pequeños tratados sobre la vida cristiana en general, sobre la renunciación al mundo, sobre la vida ascética, sobre el juicio de Dios y sobre la fe.

Estas reglas se han convertido en el código de la vida monástica, en Oriente, como en Occidente, las de San Benito.

III. *Obras exegéticas.*—Por deseo propio y por deber de su cargo, Basilio predicaba con frecuencia. Siguiendo el uso de la época, los textos de las escrituras constituían los temas habituales de sus predicaciones. Nos quedan de ello dos monumentos:

1.º Una serie de nueve homilías sobre el *Hexamerón,* que se termina en la obra del quinto día. No solamente describe el autor con los colores de la más brillante imaginación las obras del creador, sino que trata los diversos problemas filosóficos y científicos relativos a los orígenes. Fue esta la obra más famosa de San Basilio en los tiempos antiguos.

2.º Trece homilías sobre los Salmos 1, 7, 14, 28, 29, 32, 33, 44, 45, 48, 59, 61 y 114. Seguramente el autor pronunció más y Casiodoro pudo decir que había comentado todo el Salterio. En todas partes Basilio se preocupa menos de explicar la letra del Salmo que añadir los más diversos comentarios sobre distintos motivos de la vida mística y moral.

IV. *Obras oratorias.*—Fuera de esta elocuencia exegética tenemos aún 24 discursos propiamente dichos. Pero la célebre homilía 22 es, en realidad, un tratado sobre la cultura clásica, y la homilía sobre el mártir Berlaam es rechazada como apócrifa.

Cuatro son los panegíricos consagrados a santos locales: Mamas, Julitte y Gordios, los cuatro mártires de Sebaste.

La mayoría de los otros son instrucciones de moral o de actualidad. Constituyen la verdadera fuente para juzgar la doctrina moral y la elocuencia de San Basilio.

V. *Obras dogmáticas.*—Sólo dos tratados, pero de gran importancia, nos hacen conocer a Basilio teólogo.

1.º Tres libros *Contra Eunomio.*—Basilio discute, paso a paso, las sutilezas del Doctor, y se explica a este propósito sobre la doctrina católica de la Trinidad. Esta obra se remonta a la época en que Basilio sólo era simple cura Eunomio; fue de tal manera vencido que esperó, para replicar, la muerte de su autor.

El libro IV y V no son de Basilio. Son hoy día reivindicados para Didimio el Ciego.

2.º Un tratado del *Espíritu Santo.*—Discutiendo contra Eunomio apenas había tocado la cuestión del Espíritu Santo. Luego le consagró un tratadito especial. En estas diez obras es donde es preciso buscar la doctrina de la Trinidad y casi toda la teología del gran Doctor capadocio.

En esta abundante y variada obra Basilio se revela primeramente como un gran escritor. Gregorio de Nacianzo hizo constar esto a sus contemporáneos (5); más tarde Fotio lo ponía en el rango de los primeros prosistas (6); hoy día es aún considerado como el más clásico de los padres griegos. Su manera se caracteriza, sobre todo, por una elegante sobriedad; él mismo apreciaba, como buen conocedor, la concisión de las Escrituras (7).

Al don de estilo sus discursos añaden el de la elocuencia. "Basilio —ha escrito el duque de Broglia— es el primer orador con que contó la Iglesia. Antes, Atanasio había arengado a los soldados de la fe como un general que se presenta en la brecha; Orígenes había dogmatizado ante sus discípulos; Basilio es el primero que habla en todo momento, y ante toda clase de gentes, un lenguaje a la vez natural y sabio, cuya elegancia no disminuye nunca la simplicidad ni la fuerza. Ninguna facundia más adornada y más nutrida de recuerdos clásicos que la suya; Ninguna, sin embargo, tiene tan a la mano, manando tan naturalmente de fuente tan accesible a todas las inteligencias... Quizá sea más viva en Gregorio la imaginación, pero se complace en sí misma. Hay más de retórico, y, a menudo, más de poeta en Gregoio. El orador sólo en Basilio respira" (8).

Un pensamiento vigoroso sostiene esta facultad. Sin ser precisamente un filósofo, en el sentido especulativo de la palabra, Basilio refleja la mejor cultura filosófica. En sus escritos dogmáticos se siente uno llevado, por decirlo así, al pleno mar de la filosofía de Platón, de peripatéticos, de eclécticos de Alejandría; todas las variedades del pensamiento metafísico de la antigüedad son, evidentemente, familiares al espíritu del escritor y de ellas toma a cada momento ideas, explicaciones, definiciones. Sus escritos morales revelan la continua frecuentación de la escuelas estoicas. Pero, por encima de todo, su principal fuente es la doctrina bíblica; no solamente los textos o los recuerdos de las Escrituras abundan en su pluma, sino que su pensamiento está impregnado de ellas hasta la médula. El alegorismo que toma de la escuela de Alejandría debilita un poco su exégesis, pero le saca siempre una teología rica y elevada. Cuando pone en obra sus materiales, Basilio da muestras de una dialéctica sutil, que hace de él un temible luchador (9).

Por todos estos dones reunidos, San Basilio se destaca con gran relieve de este brillante período del cuarto siglo del Cristianismo. Asceta, obispo, orador y doctor, teólogo y letrado, es, sin duda alguna, el representante más completo de la Iglesia de su tiempo.

III

Cuando se trata de un pensador profundo el historiador tiende a restablecer su sistema. El estudio de un doctor cristiano no necesita este pequeño juego de restitución. Basta para caracterizar a San Basilio ver de qué manera considera y presenta la tradición católica, de la que él era el eco.

En materia dogmática, su atención se fijó sobre la cuestión de la trinidad.

Era preciso defender a la vez la distinción de las personas contra Sabelio, y su perfecta igualdad contra los diversos matices de arrianismo. Con la definición de Nicea y la vigorosa apologética que había realizado Atanasio, lo principal estaba adquirido en hecho de doctrina y de lenguaje. Pero quedaba por precisar la una y el otro, disipar las objeciones siempre renacientes de la herejía,

añadir alrededor de las fórmulas católicas mejor comprendidas esta masa de indecisos, que ha recibido el nombre de semiarrianos. A esta obra se aplicó el obispo de Cesárea.

Firmemente ligado a δμοοσιος no dudó en acoger las expresiones sinónimas o equivalentes que podían suscitar menos prevenciones. El acuerdo real precedía y preparaba el acuerdo verbal. Se aplicó, sobre todo, a desenmarañar las nociones, tan confusas, de naturaleza y persona o hipostasis. Gracias a estos análisis fue en adelante admitido qué naturaleza designaba en Dios lo que hay de común, hipostasis lo que hay de especial. Más que nadie contribuyó a extender y acreditar la fórmula: μιὰ οὐσια, τρςῖςυποστασςις (una sola esencia y tres hipostasis), aceptada finalmente por toda la ortodoxia de lengua griega.

Su acción pastoral acompañaba su obra teológica. Mientras que contribuía a arrojar el arrianismo fuera de la Iglesia, llegó a realizar el acuerdo entre los niceanos estrictos o los semi arrianos ortodoxos, del que había de salir la derrota completa de la herejía. Basilio, hecho por la fuerza de las circunstancias jefe efectivo del episcopado oriental, perfeccionó la acción doctrinal y eclesiástica de Atanasio, que tuvo el consuelo, antes de morir, de verle ya capacitado para poner en él su plena confianza. Igualmente la completó extendiendo a la persona del Espíritu Santo lo que no había sido dicho hasta entonces más que del Verbo y preparaba así la síntesis dogmática del concilio de Constantinopla (381). Aunque una muerte precoz le impidió tomar parte en él, su amigo Gregorio, que fue el presidente, llevó a él su espíritu y sus doctrinas. En la elaboración tan larga como díficil del dogma de la Trinidad, San Basilio no tuvo sólo el honor de sostener brillantemente la lucha comenzada, sino que presidió las operaciones supremas que debían asegurar la victoria de la fe.

Aunque las necesidades de la controversia lo arrastraron a los problemas más especulativos, "la pendiente natural de su espíritu parece llevarle primeramente a las enseñanzas de la moral cristiana" (10). Dos solamente de sus tratados y algunas cartas ocasionales son consagrados a cuestiones del dogma. Por el contrario, "parece que todas las obras de San Basilio sean tratados de moral, porque en sus comentarios y en sus elogios de los santos mira más que a todo a la conducta de sus costumbres" (11). El mismo confesaba que esta modalidad de su espí-

ritu mostrábase ante todo sensible al aspecto didáctico de las Escrituras (12).

Esta tendencia está impresa en su obra, que la antigüedad había ya señalado el carácter principalmente práctico. *Sermo ejus magis moralis,* escribía Rufino al presentar al público latino algunas de sus homilías (13). Más tarde Simeón Metofrasta encontró materia para publicar veinticuatro discursos morales que abarcaban los principales aspectos de la vida cristiana y que no son otra cosa que una miscelánea de textos de Basilio (14). A este respecto ningún escritor griego, a excepción de San Juan Crisóstomo, no emparenta más al genio de los pobres latinos.

San Basilio no tiene nada de moralista doctrinario. Nunca se preocupó de exponer *ex profeso* e *in extenso* la ley cristiana de los actos, y menos todavía de sintematizar los principios y las aplicaciones. No es un teórico que dogmatiza, sino un predicador y un apóstol cuya palabra siempre directa, dirigida por el ciclo litúrgico o por lo imprevisto de las circunstancias, sólo tiende a instruir, a edificar o a corregir. Así, con la excepción de algunos casos raros, su enseñanza es en absoluto muy dispersada y presenta muchas lagunas.

En estas condiciones nos ha sido forzoso construir totalmente el cuadro que contenga todos los pasajes característicos de su obra y colocar en su lugar sus desarrollos más organizados.

Ahora bien: sería innecesario decir que la moral de Basilio es casi tan coherente en el fondo como poco ordenada en la forma. En todo caso esos fragmentos esparcidos revelan, más todavía que un sistema, una doctrina homogénea y un espíritu bien caracterizado. Basilio se muestra eminentemente filosófico, ya en los lenguajes que gustan de elevarse a las abstracciones de los análisis de escuela, ya cuando su pensamiento busca la unión del conjunto y las partes de la vida cristiana en una concepción racional del bien, ya en su inspiración misma que no desdeña acudir a las fuentes y a los temas de la sabiduría profana. Puede discutirse, porque no se enfeuda propiamente a ninguna escuela, la cuestión de saber si debe más al Pórtico que a la Academia. Es indiscutible que su moral presenta un carácter fuertemente razonado a la par que un giro voluntariamente filosófico. Sus maestros de Atenas reconocieron en sus discursos muchas de sus ideas y más todavía de sus preocupaciones.

Pero no hay que engañarse ni un instante, pues esta ética tiene su principio en la fe cristiana, no tanto por las múltiples citas de las Escrituras insertadas a cosa hecha entre sus textos, como por el espíritu mismo que le anima. En una época en que el Evangelio tenía que ocupar definitivamente en la civilización griega el lugar del paganismo hundido y de la filosofía impotente, la tarea de San Basilio fue el realizar entre el helenismo y el cristianismo, sobre el terreno práctico de la acción y de la vida, la fusión cuya necesidad se hacía sentir. Igualmente penetrado de dos culturas, supo, por así decirlo, extraerles su esencia. Del helenismo retiene, como moralista, la noble vestidura y el fondo de eterna sabiduría; del cristianismo, las doctrinas sublimes y aun el misticismo ardiente que hay en su alma. Estos elementos debían constituir una de las muestras más acabadas de la filosofía cristiana.

La preocupación dominante que Basilio quiere inculcar a los demás, porque él mismo estaba de ella embargado, es el sentido y el culto de los valores espirituales. "Es preciso abandonar lo demás —decía— para cuidar de nuestra alma" (15). Por consecuencia, la moral individual ocupa en él un sitio preponderante; a los principios generales añade un programa detallado de aplicaciones sobre los defectos que hay que corregir y las virtudes que hay que adquirir, sin olvidar la indicación de los principales medios que la Iglesia nos propone a este fin. Sin embargo, la moral social no le es completamente extraña, por lo menos en sus relaciones prácticas con la vida individual; el viejo problema de la pobreza y de la riqueza le proporciona, a veces, ocasión de recordar la ley evangélica sobre el uso de los bienes terrestres.

Sobre uno y otro terreno, Basilio, en general, no muestra la menor propensión a los términos medios. Y esto se debe sin duda a su manera, que es la del orador más que la del casuista; pero también a su voluntad de tener los ojos fijos en el ideal. Así, a menudo se le ha reprochado de una gran severidad y él mismo parece hacer alusión a una censura de este género (16). Sin embargo, además que de ordinario el correctivo no falta, sus palabras más enérgicas se explican por la intención que las guiaba y las circunstancias en que las pronunció. ¿Cuál es el predicador que no fuerza a menudo la expresión, no para torcer sistemáticamente la doctrina, sino para mover la atención y sacudir la indolencia acostumbrada de las voluntades? No se querrá quitar al obispo de

Cesarea el beneficio eventual del adagio clásico: *Plus dicens et minus volens intelligi.*

En todo caso nunca hay lugar para acusarle de que confunde los planes. La vida común, por muy rigurosamente que conciba sus obligaciones, es por él separada de la vida perfecta que Dios reserva a los escogidos. Basilio tiene para los monjes indicaciones y reglas que no son las de los simples cristianos, aunque sea ventajoso para éstos conocerlas y aun inspirarse en ellas. Por esto la exposición de la moral de San Basilio debe converger, como a su término lógico, al esbozo por él trazado de la perfección cristiana.

A este cuadro doctrinal le faltará, sin embargo, un elemento esencial mientras no se haga revivir la llama del apóstol que le diera calor y vida, el alma de santo que apoyara su palabra con tan notables ejemplos.

"Cuando cojo estos tratados morales y prácticos —decía San Gregorio de Nacienzo— mi alma y mi cuerpo se purifican. Me convierto en templo digno de Dios, dócil instrumento del Espíritu Santo para abrigar su gloria y su poder. Su aliento pone en mí un ritmo de armonía, me siento convertirme en otro y metamorfosearme a la semejanza de Dios" (17). Gregorio de Nisa es igualmente entusiasta: "Del alma de cada uno hace con su palabra un verdadero tabernáculo en el que Dios se complace en habitar. Levanta a modo de columnas; llamo con este nombre los pensamientos que sostienen a la virtud en las desgracias, y excava piscinas para la purificación de las almas manchadas" (18).

Si sus contemporáneos han podido experimentar tales sentimientos y pronunciar tales elogios, prescindiendo de lo que en todo ello pueda haber de retórico y amistoso, es evidente que detrás del doctor consideraban al hombre. Quizás la construcción del espíritu baste para contentar la indiferente curiosidad del historiador. Porque las almas tienen otras necesidades, tienen otras exigencias. Así la Iglesia, que tiene cargo y conciencia de cuidarlas, mira menos al teórico que a los actos y las cualidades de las obras que valen más a sus ojos que el esplendor de los sistemas. Pero en Basilio su vida está al unísono de la doctrina, o por mejor decir, su doctrina no es más que un reflejo de su vida. Recordando de San Gregorio Nacianceno una de sus más felices fórmulas: "no mira más que una sola cosa: la ley del bien" (19). Aquí

sobre todo está el principio de su incomparable ascendiente que debía hacer de él, como muy bien dijo Fenelón, "un gran maestro del régimen de las almas" (20).

NOTAS

(1) San Basilio, *Panegírico de San Gordios, 1.* –P. G., t. XXXI; col. 492.
(2) *Epístola,* XIV. -P. G., t. XXXII; col. 275-278.
(3) Véase *Epíst.*, ídem, col. 223-234.
(4) Greg. Naz., *Panegírico de San Basilio.* 61. –P. G., t. XXXVI, 576: ἀτροφος ην χαί ἄσαρχος.
(5) *Panegírico de San Basilio,* 66; col. 584-585.
(6) Focio, *Biblioteca,* cod. 141, 143, 191. –P. G., t. CIII; col. 420, 421 y 633.
(7) πολλὰ εν σλίοις, *Hom.* III, 1. –P. G., t. XXXI; col. 200.
(8) A. de Broglie: La Iglesia y el Imperio Romano en el siglo IV. París, 1866, t. V, pág. 90.
(9) «Tal fué la fuerza de su dialéctica que hubiera sido más fácil salir del laberinto que de las mallas de su razonamiento». Greg. Naz. *Panegírico,* 23; col. 528.
(10) P. Allard, *Dict. theol. cath.* Basilio, t. II, col. 444.
(11) Tillemont, *Memorias,* t. IX, pág. 257.
(12) Basilio, Hom. in Ps., t. I. –P. G., t. XXIX; col. 209 Cf. *Epíst.,* II,3. –P.G., t. XXXII, col. 228.
(13) Traducción y prefacios reproducidos en P. G., t. XXXI, col. 1723 ss.
(14) Estos discursos con sus referencias están publicados en P. G., t. XXXII, col. 1115-1332.
(15) Της ψυχῆς ἐπφέλειαν εχειν ηᾶσαν σχολὴν τῶυ ἄλλων ἄγοντας, *Hom.* XXII, 6. –P. G., t. XXXI; 581.
(16) *Hom.* XXI, 1; ídem, col. 540.
(17) Greg. Naz., *Panegírico de San Basilio,* 67; col. 585.
(18) Greg. Nisa. *Panegírico de San Basilio,* P. G., t. XLVI; col. 812.
(19) Greg. Naz., Ob. cit. 39; col. 549.
(20) Fenelón. Diálogos sobre la elocuencia, III.

BIBLIOGRAFIA

I. Fuentes principales

S. BASILE, *Opera omnia*, édition GARNIER et MARAN, París, 1725-1730, reproduite dans MIGNE, *Patrologie grecque*, t. XXIX-XXXII.

S. GREGOIRE DE NAZIANZE, *Panégyrique de saint Basile*, dans MIGNE, *P.G., t.* XXXVI; col. 493-606.

S. GREGOIRE DE NYSSE, *Panégyrique de saint Basile*, dans MIGNE, *P.G., t. XLVI; col. 787-818.*

II. Estudios y biografías.

BAERT, *Acta Sanctorum*, 1698, juin, t. II, p. 807-938.

TILLEMONT, *Mémoires pour servir à l'historie ecclésiastique des six premiers siècles*, París, 1703, t. IX.

MARAN, *Vie de sant Basile, dans P. G.*, t. XXIX.

GARNIER, *Etude littéraire de ses doctrines et de ses œuvres*, dans *P. G.*, t. XXXI.

DON REMY CEILLIER, *Histoire générale des auteurs sacrés et ecclésiastiques*, París, 1737, t. VI.

W. KLOSE, *Basilius der Grosse, Stralsund*, 1835.

E. FIALON, *Etude littéraire sur saint Basile*, París, 1861.

A. DE BROGLIE, *L'Eglise et l'Empire romain au IV.^e siècle*, París, 1866, t. V.

BAYLE, *Saint Basile archevêque de Césarée.* Avignon, 1878.

VASSON, *Saint Basile le Grand*, París, 1894.

PAUL ALLARD, *Saint Basile*, collection *Les Saints*, París, 1899.

PAUL ALLARD, Art. *Basile*, dans le *Dictionnaire de théologie catholique*, t. II, col. 441-455.

III. Estudios especiales sobre la moral de San Basilio.

W. KLOSE, *Basilius der Grosse*, t. II, p. 83-100.

CRUICE, *Etude critique sur l'Hexaméron*, París, 1844.

A. KRANICH, *Die Asketik in ihrer dogmatischen Grundlage bei Basilius dem Grossen*, Paderborn, 1896.

IGN. SEIPEL, *Die wirtschaftsethischen Lehren der Kirchenväter*, Vienne, 1907.

K. GRONAU, *De Basilio, Gregorio Nazianzeno Nyssenoque Platonis imitatoribus*, Gœttingue, 1908.

AUG. DIRKING, *Sancti Basilii Magni de divitiis et paupertate sententiae quam habeant rationem cum veterum philosophorum doctrina*, Münster, 1911.

GEORG BUETTNER, *Beiträge zur Ethik Basileios des Grossen*, Landshut, 1913.

PRIMERA PARTE

PRINCIPIOS GENERALES

CAPITULO PRIMERO

La regla de vida

Mientras la mayoría de los cristianos se contentan con vivir su fe, les es dado a algunos hacer la teoría. ¿Quién duda que el cristianismo fue para San Basilio, ante todo, una fuente de sentimientos y una regla de vida? Pero de este ideal que recibía de Cristo con amor, su educación filosófica debía llevarle a buscar la ley. ¿No era necesario contar con el paganismo que sobrevivía como escuela de sabiduría? Gracias a las obras didácticas de los maestros y al apostolado de numerosos discípulos la moral antigua tenía aún un prestigio real en las inteligencias, si no siempre un gran imperio sobre las voluntades.

Si querían competir con esta élite, los predicadores del Evangelio tenían que demostrar que la revelación divina contenía una doctrina más completa y más coherente del bien. El obispo de Cesarea, que ponía cierta coquetería en llamar al cristianismo una «filosofía», es de aquéllos para quienes la ley cristiana representa una ética en el sentido propio de la palabra y que se dan cuenta de la oposición de ella con la de las escuelas profanas.

«Algunos han construido sistemas sobre el fin del hombre y sus opiniones a este respecto son muy contradictorias. Unos han

hecho consistir este fin en la ciencia, otros en la acción. Según algunos es necesario separar su vida del cuerpo; otros que se hacen semejantes a las bestias han puesto nuestro fin en el placer. Para nosotros, el fin, en vista del cual hacemos todas las cosas y al que tendemos con todos nuestros esfuerzos, es la vida bienaventurada en la eternidad. Y el acabamiento de esta vida consiste en estar bajo el imperio de Dios; no se podría imaginar, ni aun a manera de hipótesis, nada mejor para la criatura razonable» (1). *Sin haber escrito un Tratado de Summo bono, San Basilio ha creído necesario poner de acuerdo las obligaciones de la vida cristiana con sus principios especulativos.*

I. El soberano bien

Toda la moral está dominada por la noción teórica del soberano bien.

«Para muchos, cuando el bien es penoso es mirado como un mal; el mal, por el contrario, a causa del placer que le acompaña, es considerado como un bien. Todo cuanto se diga del desatino de los hombres a este respecto es poco» (2). *En su deseo de enderezar este error, Basilio no aprueba la necesidad de demostrar las grandes tesis sobre Dios y sobre el hombre. Una palabra del Salmista en su enérgica concisión le revela que Dios es el soberano Bien.*

Yo he amado, dice él, y no dice a quién; pero lo sobreentendemos: al Dios de todas las cosas. Pues el Ser soberanamente amable es Dios, puesto que una cosa amable es por definición lo que todo el mundo desea. Pero Dios es el bien primero y más perfecto de todos los bienes. Yo he amado, pues, a Dios —dice—, término de todo lo que puede ser deseado, y por esto he aceptado con júbilo los sufrimientos (3).

Si es, en efecto, el soberano bien en sí, ¿cómo no iba a ser Dios para nosotros el Ser a quien debemos colocar por encima de todas las cosas?

Los ricos han sufrido hambre y sed; pero los que buscan al Señor no serán privados de bien alguno (Ps. XXXIII, 11). En efecto, el bien perfecto es Dios mismo y nadie de los que lo buscan será privado de El. Que un ignorante, incapaz de discernir exactamente el bien y el mal, no venga a llamar bien a un goce

momentáneo o sometido a la corrupción del cuerpo. El que eleva las riquezas y los bienes corporales al rango del bien, transfiere a los bienes corporales al rango del bien, transfiere a los objetos sin valor un nombre augusto que sólo conviene a Dios. De ello se sigue una gran contradicción. O bien dirá que si los apóstoles no han obtenido los bienes temporales es por no haber buscado al Señor; o bien si buscándolo no han rehusado a obtenerlos deberán colocarse enfrente contra las Escrituras mismas, que prometen que el que busque al Señor no será privado de bien alguno.

Pero los santos han buscado al Señor y la posesión de lo que buscaban no les ha sido negada, y por ello no han estado privados de los bienes que reserva el eterno descanso. Pero de estos bienes puede decirse con todo el derecho que representan *todo bien.* Las voluptuosidades del cuerpo más contienen de penas que de placeres. Así el matrimonio conoce la esterilidad, la viudez y el adulterio; la agricultura, las malas cosechas; el comercio, los naufragios; las riquezas, las trampas; las buenas comidas o los placeres prolongados, toda suerte de enfermedades y sufrimientos. Cuando Pablo buscaba al Señor ningún bien le faltó. ¿Quién podría contar, sin embargo, las miserias corporales a las que estuvo expuesto toda su vida?... Eleva, pues, tu corazón hasta el verdadero Bien (4).

Con la verdad, esto es el secreto de la felicidad.

El primero y principalmente dichoso es el verdaderamente bueno, es decir, Dios. De donde San Pablo decía hablando de Cristo: *Según la manifestación de nuestro bienaventurado Dios y Salvador.* En efecto, es bienaventurado el ser bueno por sí mismo hacia quien todos se dirigen y a quien todos desean, esencia inmutable, majestad soberana, vida sin obstáculos, existencia sin penas, que no conoce alteración o cambio; fuente relumbrante, gracia comunicativa, tesoro inagotable. Pero los hombres ignorantes y mundanos desconocen la realidad del bien y colocan a menudo la beatitud entre las cosas sin valor, tales como la riqueza, la salud del cuerpo y el lujo... Nada de esto es bueno por naturaleza: cada uno de estos bienes se cambia fácilmente en su contrario, y, por lo tanto, ninguno puede constituir la felicidad de

quien lo posee... ¿Quién es justo gracias a su fortuna? ¿Quién es casto a causa de su salud? En manos de los que sirven mal de estos diversos bienes, terminan por ser ellos mismos instrumento de sus pecados. ¡Bienaventurados, pues, los que poseen estos bienes superiores que nada podrá arrebatarles! (5).

II. Los verdaderos bienes del hombre

Por no entrar suficientemente en este camino, muchos cristianos caen en graves ilusiones.

Aquellos mismos que conocen a Dios se equivocan más de una vez en la aplicación de las cosas y orientan a ciegas sus deseos: consideran como un bien lo que a menudo no les es de ninguna utilidad y rechazan como un mal lo que debía aportarles grandes beneficios... ¿Que alguno, por ejemplo, está enfermo? Para huir de los inconvenientes de la enfermedad desea la salud. ¿Ha perdido su dinero? Este accidente le parece extremadamente doloroso. Sin embargo, la enfermedad es a menudo útil cuando debe corregir el pecador; y la salud es nociva si ha de constituir ocasión de pecado... Para muchos la fortuna ha constituido una fuente de incontinencias, en tanto que la pobreza ha sujetado a muchos que podrían haber cedido a sus malos pensamientos. Guárdate, pues, de rehuir lo que no debes. Para ti sólo un mal hay, del que tienes que alejarte: el pecado (6).

La consideración de nuestra naturaleza se une a la de Dios para indicarnos el camino de nuestro verdadero bien.

Como terrestres, las bestias se inclinan hacia la tierra; pero el hombre, que es una planta celeste, tiene sobre ellas, no sólo la conformación de su cuerpo, sino la dignidad de su alma. ¿Cuál es la actitud de los cuadrúpedos? Su cabeza se inclina hacia la tierra, mira a su vientre y persigue por todos los medios la delectación. Tu cabeza está dirigida hacia el cielo y tus ojos miran a lo alto. Así, pues, si tú te ensucias con pasiones carnales y te haces esclavo de tu vientre y de las pasiones inferiores *te aproximas a los animales sin razón y a ellos acabas por parecerte* (*Ps.* XLVIII, 13).

Otro cuidado te conviene tener: el de dirigirte *hacia las alturas en donde se encuentra Cristo (Col.,* III, 1) y elevar tu alma por encima de las cosas de la tierra. Encamina tu vida según tu propia conformación; que tu conducta mire a los cielos (7).

En otra parte analiza con método los bienes correlativos a los diversos aspectos de nuestro ser.

Cuídate de ti mismo, se ha escrito (*Deut.*, XV, 9) no de lo que es tuyo ni de lo que te rodea, sino de ti solamente. En efecto, una cosa es lo que somos nosotros mismos, otra lo que nos pertenece y otra lo que nos rodea (8). Nosotros somos alma y espíritu, por ser la imagen de nuestro creador; lo que nos pertenece es nuestro cuerpo con los sentidos que forman parte de él; lo que nos rodea es el dinero, el oficio, y otros accesorios de la existencia.

¿Pero qué dice la Escritura? No estés atento a la carne y no busques a todo precio los bienes que le conciernen: la salud, la belleza, el goce, la longevidad. No desees demasiado la riqueza, la gloria y el poder. Todo lo que, en una palabra, está al servicio de tu vida temporal, no lo aprecies hasta el punto de abandonar tu vida principal. Por el contrario, está atento a ti mismo, es decir, a tu alma inmortal... Tu cuerpo es mortal y tu alma... Dobles es, en consecuencia, nuestra vida. Una, referente a la carne y que pasa veloz; otra, reservada al alma y que no tiene límites. Permanece, pues, atento a ti mismo; guárdate de considerar las cosas perecederas como si fueran eternas y de considerar las eternas como si estuvieran destinadas a perecer (9).

A causa de esta jerarquía decreciente de los bienes, Basilio deplora la ceguera de los hombres respecto a su fin. El orador compara la vida con un viaje y continúa su metáfora.

Debemos estudiar con cuidado los bagajes convenientes para este camino. Los hay que son ligeros y fácilmente transportables y, porque son personales, propios para asegurarnos allá arriba una vida venturosa. Otros son pesados e incómodos, y porque nunca pueden ser de la propiedad del hombre, no son admitidos al franquear la puerta estrecha con sus poseedores... Lo que era necesario lo hemos abandonado y hemos cargado con lo que

puede sernos dañino. Hay cosas que son susceptibles de unirse a nosotros para dar verdaderamente al cuerpo y al alma su conveniente ornamento: no hacemos de ellas caso. Otras nos hacen extraños a nosotros mismos y sólo vergüenza pueden infligirnos: y éstas son las que trabajamos en amontonar. Trabajo considerable e inútil como sería el de querer llenar un barril horadado. Pero ninguno de estos atractivos de la vida buscados por la mayoría de los hombres, es verdaderamene nuestro ni puede llegar a serlo...

¿Qué es, pues, verdaderamente nuestro? El alma, principio de nuestra vida sutil e inteligente, que no tiene necesidad alguna de estas cargas terrestres, y también el cuerpo, que le es dado por el Creador para vehículo en esta vida. En cuanto a las riquezas, al poder, al brillo mudano, a los placeres, a toda esa masa de cosas que nuestra aberración aumenta todos los días, nada de eso entra con nosotros en la vida, y nada está destinado a salir (10).

Todo esto no es en suma más que un comentario original de la máxima evangélica: ¿De qué sirve al hombre ganar el Universo si llega a perder su alma? Pero los espíritus filosóficos se han esforzado siempre en mostrar la coincidencia de este alto misticismo con el ideal racional de la moralidad.

III. Los verdaderos males

Esta noción del bien conduce a la del mal.

Hay mal que lo es relativamente a nuestra sensibilidad, y otro que lo es por su naturaleza propia. Este último depende de nosotros; es: la injusticia, la lujuria, la indolencia, la pereza, la envidia, el asesinato, el uso de las artes mágicas, la mentira y otros vicios que afean y ensucian el alma hecha a imagen del Creador, y son capaces de oscurecer su brillo. Por otra parte, llamamos mal a lo que es penoso, doloroso para nuestros sentidos; las enfermedades y plagas del cuerpo, la falta de lo necesario, las afrentas, las pérdidas de dinero, la muerte de los parientes. Todo esto nos es infligido para nuestro bien por un maestro sabio y bueno.

En efecto, quita la fortuna a los que de ella se sirven mal. Envía las enfermedades a aquellos a quienes es más ventajoso

estar imposibilitados que tener sus movimientos libres para el pecado. La muerte nos es igualmente enviada cuando estamos en los límites de la vida que desde un principio el recto juicio de Dios ha fijado a cada uno en previsión de nuestra utilidad. En cuanto a las hambres, las sequías y las inundaciones, son como plagas comunes de las ciudades y de los pueblos en castigo a la enormidad de sus faltas. Dios nos enseña a distinguir las diversas clases de mal: el mal verdadero, que es el pecado cuyo término es la muerte, y el mal solamente aparente, que excita en nosotros el dolor sensible, pero que en el fondo es un bien (11).

Estas declaraciones, tomadas de un discurso sobre el origen del mal, tienen directamente una intención apologética contra los detractores del gobierno divino. ¿Pero quién no ve la capacidad práctica y educativa para la dirección del espíritu y de la conducta? Basilio insiste todavía en una de sus homilías sobre el Exameron.

No hay que buscar el mal exteriormente ni imaginar no sé qué substancia de malicia: del mal que está en cada uno, que cada uno se reconozca su autor. Entre las cosas que nos suceden, unas provienen de la naturaleza, como la vejez y las enfermedades. Otras del azar, como esos sucesos imprevistos que sobrevienen bajo la acción de principios exteriores que nos aportan repentinamente tristezas o alegrías... En fin, otros están en nuestro poder, como dominar los placeres o tirar de la brida a las pasiones, contener la cólera o pegar al que nos insulte, decir la verdad o la mentira, tener un humor dulce y moderado o un carácter fiero y orgulloso. Desde el momento que tú eres el dueño, no hay que buscar primeramente el principio, porque el verdadero mal ha empezado por negligencia voluntaria. Esto refiriéndose a lo que es propiamente el mal. En cuanto a la enfermedad, a la pobreza, a la vergüenza, a la muerte, y en general a todo lo que es doloroso para los hombres no es justo llamarles con el nombre de males, puesto que no ponemos sus contrarios en el grupo de los más grandes bienes (12).

Para los que colocan ante todo los intereses de su eternidad, es cierto que, fuera del mal moral, los otros son de poca transcendencia y pueden convertirse en ocasiones de bien. Este pensamiento

nos coloca en el centro del plan providencial, del que Basilio encuentra la fórmula en un texto de Isaías curiosamente comentado.

Dios hace la paz y crea el mal (Is., XLV, 7). Hace la paz en ti cuando por la buena doctrina pone la paz en tu alma, y calma las pasiones que contra ella se levantan. Pero crea también el mal, es decir, que lo transforma en un estado mejor para hacerle perder su naturaleza del mal y hacerle revestir la de bien (1).

El papel de la fe es precisamente ayudarnos a convertirnos en auxilares conscientes de la Providencia, proporcionándonos el medio de evitar el mal del pecado y de convertir los accidentes de la vida en provecho de nuestros intereses eternos.

NOTAS

(1) *Hom. in Ps.* XLVIII, 1. –P. G., XXIX; col. 432.
(2) *Hom. in Ps.* XLVIII, 7 ídem; col. 301.
(3) *Hom. in Ps.* CXIV, 1 *ibíd.* 484.
(4) *Hom. in Ps.* XXXIII, 7; *ibíd.,* col. 368-369.
(5) *Hom. in Ps.* I, 3; *ibíd.,* col. 216.
(6) *Hom. in Ps.* XLV, 1; *ibíd.,* col. 417.
(7) *Hexam.* IX, 2; *ibíd.,* col. 192.
(8) Se notará esta reaparición bajo forma personal del tema estoico «lo que nos concierne, lo que nos es extraño, lo que nos es indiferente».
(9) *Hom.,* III, 3. –P. G., t. XXXI; col. 204.
(10) *Hom.,* XXI, 3 y 5; *ibíd.,* col. 545-549.
(11) *Hom.,* IX, 3-5; *ibíd.,* col. 333-341.
(12) *Hexam.,* II, 5. –P. G., t. XXIX; col. 37 y 40.
(13) *Hom.* IX, 4. –P. G., t. XXXI; col. 336.

CAPITULO II

Nuestros recursos

Si el hombre tiene necesidad de una regla de vida que le descubra los caminos del bien, le importa primeramente conocer los resortes íntimos que le permitirán caminar. La metafísica del objeto debe completarse con una psicología del sujeto. San Basilio debía estar tanto más atento, cuanto que su ministerio le ponía en guardia contra los peligros de la teoría pura. Por esto, a menudo, vuelve sobre estos elementos subjetivos que son el principio inmediato y la medida de nuestra actividad en el orden moral.

I. El alma humana

De una manera general, lo que hace del hombre un agente moral es su dignidad de criatura razonable.

Es una gran cosa el hombre... su valor está en su naturaleza misma. ¿Qué otro, en efecto, de los seres que hay sobre la tierra, ha sido hecho a semejanza de su Creador? ¿A quién de entre ellos ha sido dada la autoridad y el poder sobre todos los animales de la tierra, del agua y del aire? Está, sin duda, un poco por debajo de la dignidad de los ángeles, a causa de su unión con un cuerpo terrestre... Sin embargo, la potencia de conocer y de comprender a su Creador se encuentra también en el hombre. En efecto; sopló sobre su faz, es decir, puso en el hombre una parcela de su propia gracia, a fin de que pudiera reconocerle por la semejanza con

él mismo... Inmenso honor que lo elevó por encima del cielo, por encima del sol y por encima del coro de los astros. Muy alto, en el cielo, ¿hay algo que pueda llamarse imagen de Dios? El sol ¿lleva en sí mismo la imagen de su autor? ¿Acaso la llevan la luna o las otras estrellas? Los astros no son más que seres inanimados y materiales, diáfanos, pero que no tienen inteligencia, ni movimientos voluntarios, ni libres determinaciones. Por el contrario, son esclavos de la necesidad que pesa sobre ellos y que lanza siempre sus revoluciones en los mismos inmutables círculos. Y, sin embargo, el hombre, honrado más que todos, no lo ha comprendido; dejando de obedecer a Dios y sin cuidar de permanecer semejante a su Creador, se hace esclavo de las pasiones carnales. Con esto se aproxima a las bestias sin razón y se hace semejante a ellas (1).

Nuestro moralista siente la necesidad de repetir que por naturaleza humana debe entenderse la mujer lo mismo que el hombre. Insiste en esto y hace evidentemente ver el indicio de que la sociedad cristiana pagaba aún algunos tributos a los prejuicios paganos sobre la inferioridad de la mujer (2). Basilio afirma enérgicamente la igual dignidad de los sexos.

¿Por qué el profeta escogió al hombre sólo para llamarle "bienaventurado"? ¿Quería excluir de la beatitud a la mujer? ¡De ninguna manera! Una misma es la virtud del hombre y de la mujer desde el momento de su creación está rodeada de iguales honores: la recompensa del uno y del otro debe, por tanto, ser la misma. Escuchad el *Génesis: Y crió Dios al hombre a su imagen: a imagen de Dios lo crió: macho y hembra los crió* (I, 27). Siendo su naturaleza única, sus acciones son las mismas, y donde las obras sean iguales la recompensa ha de ser la misma. ¿Por qué, pues, mencionar al hombre y pasar en silencio la mujer? Desde el momento que su naturaleza es la misma, ha juzgado suficiente designar el todo por la parte principal (3).

El panegírico de Santa Julia le conduce aún a insistir sobre este punto de la doctrina cristiana.

Jamás nadie se ha dirigido a los placeres de la vida con tanta diligencia como ella se dirigía al suplicio. Su rostro, su actitud, sus

palabras, su alegría desbordada, traducían la felicidad rebosante de su corazón. Exhortaba a las mujeres que le rodeaban a no desmayar ante las penas que requiere el servicio de Dios, a no pretextar la debilidad de su sexo.Estamos hechas —decía— de la misma masa que los hombres; hemos sido hechas a la imagen de Dios, lo mismo que ellos; la mujer ha sido hecha por Dios tan capaz de virtud como el hombre. ¿Por qué estamos tan próximas al hombre en todas las cosas? No sólo la carne le fue tomada para hacer a la mujer, sino también un hueso de sus huesos. Por esto, la constancia, la fortaleza, la paciencia, son debidas al Señor lo mismo por los hombres que por nosotras (4).

¿Quién emplearía rigor contra Basilio cuando en el caso de la compañera de Job (5) le hace señalar de un modo rápido «la pequeñez de alma» habitual a las mujeres? Una palabra no constituye una doctrina. Basta con que se salven los principios que establecen la dignidad constitutiva del ser humano.

II. Las facultades del alma

Ante el análisis filosófico esta naturaleza humana se resuelve en dos facultades principales: la razón y la voluntad libre. La razón es el don esencial que produce la superioridad del hombre sobre la bestia.

Cada uno de los animales ha recibido del creador de todas las cosas un instinto interior para proteger su propia existencia. Se encontrará, mirando con cuidado, que la mayor parte de los seres sin razón tienen, sin haberlo aprendido, el arte de huir de lo que les es perjudicial, y, por el contrario, tienen una disposición natural que les impele a buscar lo que les es útil. Por esto Dios nos ha dado ese gran precepto: *Cuida de ti mismo*, porque lo que aquéllos cogen de la naturaleza nosotros lo encontramos en nuestra razón, y lo que los animales hacen de bien inconscientemente, nosotros lo hacemos por atención a la reflexión asidua de la inteligencia. Por esto nosotros velaremos con cuidado sobre los instintos que Dios nos ha dado, y los aplicaremos a huir del pecado, como los animales sin razón evitan los alimentos venenosos; a buscar la justicia como ellos frecuentan las hierbas comestibles (6).

En sus comentarios sobre el Hexameron, Basilio se complace en fortalecer ese tema con numerosos ejemplos de donde saca las más ingeniosas aplicaciones con un encanto que recuerda la forma de San Francisco de Sales. Así, la emigración anual de los peces en el momento de la puesta lo interpreta como una llamada elocuente para que cuidemos de nuestro destino.

¿Quién los pone en movimiento? ¿Dónde está el rey que los manda, el edicto colocado sobre el ágora para fijar de antemano el tiempo? ¿Dónde están los guías de los extranjeros? Tú ves a la Providencia divina que suple todas estas cosas y penetra hasta los más pequeños. El pez no se opone a la ley de Dios: los hombres no quieren someterse a sus preceptos saludables. Guárdate de menospreciar a los peces porque sean mudos y faltos de inteligencia; teme mostrarte menos razonable que ellos al resistir las órdenes de tu creador. Escucha a los peces, que sin palabras te dicen por sus actos: por la propagación de la especie emprendemos este gran viaje. Carecen de razón, pero tienen una ley natural arraigada fuertemente, que les inculca lo que deben hacer... Vámonos hacia los mares del Norte —dicen—; el agua es más dulce... Cuando sus deseos han sido suficientemente colmados, vuelven en bandadas a su primera mansión. Y estos seres mudos nos dirían todavía las razones...

He visto por mí mismo este espectáculo y he admirado la sabiduría de Dios en todas las cosas. Si animales sin razón son a tal punto previsores y saben lo que conviene a su propia salud; si los peces saben lo que deben escoger o lo que deben evitar, ¿qué diremos nosotros que, dotados de razón, instruidos por la ley, invitados por las promesas, adoctrinados por el Espíritu, conducimos nuestros actos de manera más insensata que los peces? Saben hasta cierto punto prever el porvenir; nosotros, por el contrario, parecemos desinteresarnos para consumir nuestra vida en placeres bestiales. Un pez cruza los mares enteros en busca de lo que le es provechoso: ¿qué dirás tú que te pasas la vida en la pereza?... Y que nadie pretexte la ignorancia: una razón natural innata en nosotros nos advierte que nos aproximemos al bien y descartemos el mal (7).

Al ilustrar nuestros juicios la razón funda nuestro libre albedrío.

Dios ha creado el cuerpo, no la enfermedad; e igualmente ha hecho el alma, pero no el pecado. Sin embargo, el alma se mancilla porque se aparta de lo que conviene a su naturaleza. ¿Cuál es, pues, su principal bien? Acercarse a Dios y unirse a él por el amor. Al perderle se contamina de enfermedades numerosas y diversas. Pero ¿por qué es susceptible de obrar mal? A causa de su libre albedrío, perfección eminente de la criatura razonable. Substraída de toda necesidad, ha recibido del Creador la autonomía porque está hecha a la imagen de Dios, que le permite el conocimiento y el goce del bien. Tiene, pues, la potencia y la facultad si persevera en la contemplación del bien y el goce de los objetos espirituales, y conserva la vida que conviene a su naturaleza; pero tiene también la facultad de apartarse a veces del bien.

Pero esta misma perfección, a causa del azar que implica, ¿no es de un orden muy relativo? Basilio se ha hecho esta objeción.

¿Por qué, diréis, no hemos sido creados impecadores de tal suerte que aun queriendo nos fuera imposible pecar? Tú mismo, cuando encadenas a tus esclavos, no los consideras como bien dispuestos aunque cumplan sus deberes, sino solamente cuando cumplan voluntariamente. Dios no quiere la violencia, sino los actos inspirados por la virtud. Pero la virtud procede de la elección voluntaria, no de la necesidad. En cuanto a la voluntad, sólo depende de nosotros, y lo que depende de nosotros es el libre albedrío. El que reprocha al Creador no habernos hecho impecadores por naturaleza, no hace otra cosa que preferir el ser sin razón a la criatura razonable, el ser inerte a la criatura activa y libre (8).

Una vez, no contento de afirmar el libre albedrío, esboza brevemente una prueba de sentido común apoyada sobre las sanciones establecidas en el orden social (9).

Más detenidamente lo defiende contra las objeciones del fatalismo y las supersticiones de la astrología (10). Pero, en general, se contenta con referirse a él, como a un principio indiscutido. Insiste tanto, que se le ha podido reprochar el exaltar con exceso las energías de la naturaleza con detrimento de la gracia. Esto es olvidar que Basilio, que se dirige a los fieles, tiene siempre a la vista, no

una quimera pura, sino la humanidad en su estado concreto; es decir, regenerada por el espíritu de Cristo. ¿Quién querría pedir primeramente al obispo de Cesarea los acentos de Agustín? Aún no había llegado la hora de las controversias pelagianas y sus preocupaciones de predicador debían conducirle a poner de relieve todo lo que puede suscitar esfuerzo.

III. La conciencia.

Cuando la razón se aplica a la conducta de la vida, toma el nombre de conciencia. Basilio distingue una forma espontánea que da a cada uno el sentido elemental del bien y del mal.

No tendremos la excusa de decir que no hemos aprendido en los libros lo que nos es útil: sin maestro alguno, una ley de la naturaleza nos da el discernimiento de lo que conviene. Tú sabes lo que es malo: lo que tú no querrías sufrir de otro. Ningún arte de farmacia, ninguna botánica experimental ha enseñado a los animales la ciencia de lo que les es útil: cada uno, por natural, posee el secreto de cuidar su propia salud y posee una especie de adaptación inefable a lo que es según su naturaleza. En nosotros también se encuentran virtudes naturales según las cuales nuestra alma se encuentra en una armonía preestablecida, no por la enseñanza de los hombres, sino por la de la naturaleza misma.

No nos es necesaria ciencia alguna para hacernos aborrecibles las enfermedades: automáticamente tenemos aversión hacia ellas porque nos perjudican. Igualmente el alma tiene, sin aprendizaje, una tendencia a alejarse del mal. Todo mal es una enfermedad del alma; la virtud, por el contrario, presenta todos los caracteres de la salud. Algunos, en efecto, han definido la salud como el buen estado de las energías naturales. Si decimos la misma cosa del buen estado del alma no nos apartaremos de la verdad. Por esto el alma está orientada sin haberlo aprendido hacia lo que es propio y conforme a su naturaleza. A los ojos de todos la templanza merece elogio; la justicia, aprobación; la fortaleza, admiración; la prudencia es digna de todos los encomios. Las virtudes todas son, pues, propias al alma como la salud al cuerpo (11).

La gran desgracia de los hombres es el aturdimieto que les impide oír el llamamiento de este juez interior, a menos que, por un

desorden peor todavía, la pasión no les impulse a desnaturalizar sus sentencias.

Vanos, embusteros son los hijos de los hombres. ¿Por qué vanos? ¿Por qué embusteros? ¿Dónde se revelan, sobre todo, sus mentiras? *En las balanzas fraudulentas.* ¿Qué balanzas son ésas? La Escritura quiere decir que en cada uno de nosotros, en lo más profundo, hay una especie de balanza dispuesta por nuestro Creador por medio de la cual nos es posible discernir la naturaleza de las cosas. En ti está el apreciar ante tu propio tribunal y pesar exactamente lo que es más ventajoso para ti, o escoger la voluptuosidad de un momento, y por ello recibir la muerte eterna o preferir la pena que aproxima a la virtud para comprar a este precio delicias sin fin. Los hombres son, pues, embusteros cuando falsean en ellos el juicio moral... A mí el presente, se dice: ¿quién puede adivinar el porvenir? Tú pesas mal, pues prefieres el mal al bien, lo falso a lo verdadero, lo temporal a lo eterno, el placer pasajero a la felicidad sin medida y sin término (12).

Pero nuestra libertad se inclina siempre hacia el buen lado si está conforme con las indicaciones de la conciencia.

Si queréis verdaderamente hablar de justicia, mostraos rectos de juicio, hijos de los hombres (Ps. LVII, 2). La rectitud en el juicio es, en efecto, una prueba de buena disposición con respecto a la justicia... Y el juicio no es útil solamente a los que administran justicia, sino también en las diversas alternativas que encierra la vida. Desde el momento que tenemos en nosotros una especie de tribunal natural que nos permite discernir el bien del mal, necesariamente, en las decisiones que tomamos, tenemos el medio de ver con justeza y como un juez que pesa con espíritu de equidad y de imparcial justicia las partes presentes, ya para sostener la virtud, ya para condenar el vicio. Supongamos, por ejemplo, que el libertinaje y la castidad solicitan tu audiencia. Desde lo alto de su autoridad la razón ocupa la presidencia del tribunal. El placer defiende al libertinaje, mientras que el temor a Dios aboga por la castidad. Si tú condenas el pecado y das la victoria a la continencia, has juzgado bien el asunto. Y al contrario, si, dominado por

el placer, das la preferencia al pecado, has pronunciado una sentencia coja y has incurrido en la maldición divina.

No solamente es necesario obedecer a la conciencia, sino que nuestro deber es sostenerla, para que sea un instrumento de más en más exacto. Basilio vuelve a encontrar aquí, naturalmente, la imagen de la balanza.

Puesto que *los pensamientos de los justos son juicios (Prov.,* XII, 5), es necesario aplicarnos para llevar en el fuero interno de nuestra conciencia sentencias justas y hacer de nuestro espíritu como una balanza que pesa sin desviarse cada una de las acciones que se le presentan. Cuando un precepto cualquiera entra en proceso ante ti contra el vicio opuesto, da la razón a la ley de Dios contra el pecado. ¿Están en litigio la concupiscencia y la justica? Pronúnciate tú contra el deseo del bien de otro, da tu sufragio a la virtud. La violencia injuriosa y la dulzura ¿querellan una contra otra? Confunde a la violencia y honra a la longanimidad. ¿Y el odio y el amor? Castiga a aquél con deshonores y destiérralo muy lejos y recibe, por el contrario, a éste con el respeto que le es debido. ¿Se trata de la hipocresia y la virtud, de la fortaleza y la negligencia, de la prudencia y la imprudencia, de la justicia y la injusticia, de la pureza y la incontinencia, en una palabra, de cualquier virtud que llega al estrado de tu tribunal, querellando contra cualquier vicio? Muestra la rectitud de tus juicios en la cámara secreta de tu alma y tomando el precepto como una especie de asesor da pruebas de odio por el mal, denegando la demanda del pecado en honor de la virtud. Bienaventurado serás tú si en todas las circunstancias aseguras en ti el triunfo del mejor (13).

En todos los casos los medios nos son dados para esto: sólo tenemos que ponerlos en acción.

NOTAS

(1) *Hom. in Ps.* XLVIII. –P. G., t. XXIX; col. 449 y 452.

(2) A pesar de algunos ensayos, con Antítenes y Cleantro, de las antiguas escuelas cínica y estoica, el conjunto de la filosofía y la opinión pagana consideraban a la mujer como un ser inferior.

(3) *Hom. in ps.* I, 3;*ibíd.* col. 216-217.

(4) *Hom.* V, 2. –P. G., t. XXXI; col. 240-241.

(5) *Hom.* XXI, 11; *ibíd.*, col. 560-561.

(6) *Hom,* III, 2; *ibíd.*, col. 201.

(7) *Hexam.*, VII, 5; *ibid.*, col. 157 y 160.

(8) *Hom.* IX, 6-7. –P. G., t. XXXI; col. 344-345. Cf. *Hom. in Ps.* XXXIII, 4. –P. G., t. XXIX; col. 360. «Sin tribulaciones no hay pruebas...; sin pruebas no hay perfección».

(9) *Hexam.*, II, 5. –P. G., t. XXIX; col. 40.

(10) *Hexam.*, VI, 5-7; *ibíd.*, col. 128-133.

(11) *Hexam,* IX, 3-4; *ibíd.*, col. 196.

(12) *Hom. in Ps.* CXI, 4; *ibíd.*, col. 477 y 480.

(13) *Hom.* XII, 9-10. –P. G., t. XXXI; col. 405-408.

CAPITULO III

Obstáculos y dificultades

¿Quién duda, sin embargo, que toda clase de pruebas y de trabas esperan en los caminos del bien al alma de buena voluntad? San Basilio es un filósofo demasiado sagaz para no haber señalado la importancia, y un moralista muy práctico para olvidársele dar sus consejos sobre la manera de evitarlos o de sacar de ellos partido.

I. El pecado y las ocasiones de pecado.

Desde el momento que se admite el destino espiritual del hombre, es claro que el pecado es el primero y más grande obstáculo que vencer. Para él reserva nuestro moralista el nombre de mal: toda la vida moral consiste en preservarse o curarse de él; por ello no basta con atender a los desordenes exteriores, sino también a los desfallecimientos íntimos del corazón.

Nosotros, los hombres, estamos inclinados a los pecados de pensamiento. Por esto el que ha hecho nuestros corazones individualmente, sabiendo que el principal elemento del pecado consiste en el movimiento de la voluntad, nos ha prescrito en primer lugar la pureza en esta parte directriz (de nuestra alma). Ese punto por el que nosotros pecamos más fácilmente, lo ha rodeado de una vigilancia y una atención más grande. Los médicos, por

previsión, colocan en las partes más débiles del cuerpo sus medidas profilácticas; también el protector universal y verdadero médico del alma, que sabe nuestro punto flaco respecto al pecado, lo rodea de recursos más poderosos.

En efecto, las acciones del cuerpo requieren tiempo, circunstancias favorables, fatiga, colaboradores y todo un cortejo de cosas parecidas. Por el contrario, los movimientos del espíritu se hacen en un abrir y cerrar de ojos, se realizan sin dolor, se sostienen sin dificultad y toda circunstancia les es propicia. He aquí un hombre lleno de sí mismo, orgulloso de su gravedad, que lleva exteriormente la máscara de la castidad. Quizás está sentado en medio de otros que hacen elogio de su virtud, mientra él vuela en espíritu hacia el lugar del pecado por un movimiento oculto del corazón. Su imaginación contempla el objeto de su deseo; recuerda tal compañía deshonesta; en una palabra, en el taller secreto de su corazón se representa claramente la imagen del placer; sin testigos ha cometido ante sí mismo un pecado que permanecerá desconocido de todos, hasta que llegue el que disipa el espesor de las tinieblas y revela el secreto de los corazones. Los actos corporales tropiezan con muchos obstáculos; los pecados de deseo se cumplen por un movimiento rápido de la voluntad. Así en los casos que la caída es muy rápida nos da una salvaguardia instantánea (1).

Para evitar el pecado es elemental tener cuidado con las ocasiones que pueden hacerlo nacer. Con todos los moralistas cristianos, Basilio dice que la tentación es no solamente inevitable, sino providencialmente útil: «Decir que la tribulación no conviene al justo, es decir que no le conviene al atleta encontrar a su adversario. Pues si el atleta no combate, ¿qué ocasión tendrá de merecer sus coronas?» (2).

De estas tentaciones unas proceden del exterior, otras de dentro. En medio de estas tempestades diversas, cada uno tiene el deber y los medios de asegurar la buena dirección de su vida.

¿Qué es el gobierno (de sí mismo) sino una ciencia que nos enseña a cruzar por el curso agitado de los asuntos humanos? Ni los sucesos felices que la mayor parte desean son sólidos y estables, ni las tristezas y las desgracias duran siempre: todas las cosas están sometidas al movimiento de una especie de flujo y a cambios

inopinados. Le es imposible al mar permanecer siempre en el mismo estado...; así las cosas humanas pasan prontamente de un extremo al otro. Por esto tenemos necesidad de un piloto. Cuando nuestra vida es llevada por la corriente con un flotar tranquilo, su papel es prever la tempestad y no descuidarse en el estado presente como si tuviera que durar siempre. En los momentos difíciles no debe abandonarse a la desesperación y hundirse bajo la ola de tristeza que le domina. El buen piloto es el que tiene presente esta realidad en los accidentes que sobrevienen y permanece siempre igual, sin dejarse arrastrar por los éxitos ni abatir por los reveses.

Conozco otros mares en los que se levantan contra nuestra alma formidables tempestades: las que provocan las pasiones de la carne. En efecto, las cóleras, los miedos, los placeres y las tristezas que brotan de nuestros sentidos como violentos torbellinos a menudo hacen naufragar las almas. Es necesario, pues que la razón domine las pasiones como un piloto, y que puesta a bordo de la carne como sobre una especie de barco, emplee sus ideas a guisa de remos para coronar sin zozobrar las olas. Debe permanecer en las alturas inaccesibles a las pasiones y no dejar que la invada la ola de sus amarguras (3).

Este dominio de sí y esta inalterable serenidad ¿no son el ideal acariciado por los filósofos? Para Basilio, y por lo que a los cristianos respecta, el fin es el mismo y los medios análogos. Aunque la fe añade nuevos recursos no ve menos bajo los auspicios de la sabiduría antigua y en ella continúa viendo y mostrando la santidad.

II. Las pasiones

Tentaciones y pecados tienen en las pasiones su principal fuente. La disciplina de la vida moral consiste principalmente en dominarlas. Y no solamente ante el golpe de la tentación debe la razón ser llamada a reaccionar; por un esfuerzo apropiado puede y debe establecer de una manera habitual su imperio sobre el apetito inferior.

¿Gravita la cólera sobre tu razón y te sientes arrastrado por la irritación a palabras inconvenientes y acciones crueles y bestiales?

Si atiendes a ti mismo calmarás tu cólera como un potro desbocado que no conoce todavía el freno, aplicándole como si fuera un látigo los golpes de la razón. Retendrás igualmente tu lengua y no pondrás tu mano sobre el que te ha irritado.

¿Malos deseos atormentan tu alma para llevarla a movimientos impulsivos de impureza? Estúdiate a ti mismo y recuerda que el placer presente se encamina a un fin amargo; que el aturdimiento que el deleite promete a nuestro cuerpo debe engendrar un gusano emponzoñado que nos castigará sin descanso en el infierno y que el ardor de la carne será la causa del fuego eterno. Con esto la pasión huirá, y una calma plácida, una admirable tranquilidad, se extenderá en el interior del alma como se apaciguaría el tumulto de esclavos en jarana con la súbita llegada de una grave matrona.

Atiéndete a ti mismo y no olvides que una parte de tu alma está dotada de razón y de inteligencia, mientras que la otra es sensitiva y sin razón. A aquélla pertenece por naturaleza el derecho de mandar; ésta debe obedecer y someterse. No permitas pues, nunca, que tu alma reducida a la cautividad se convierta en esclava de las pasiones y no dejes a las pasiones sublevarse contra la razón, de manera que usurpen para su provecho el imperio de tu alma (4).

Una vez dominadas las pasiones pueden convertirse en una fuerza; así, por ejemplo, la cólera.

Calma tu corazón irritado cuando pierde su dominio. Que tus pasiones respeten tu razón como respetarían niños traviesos la presencia de un hombre venerable. ¿Cómo evitaremos los inconvenientes del arrebato? Poniendo todo nuestro cuidado en que la cólera no sobrepase nunca al juicio, aplicándonos a dominarla como un caballo bien dirigido que obedece a la conciencia como a la brida y no se aparta nunca de su línea, sino que se deja guiar por la razón en todos los derroteros.

En efecto, el apetito irascible nos es propio para servirnos en obras de virtud. Por ejemplo, un soldado que ha depuesto sus armas a los pies de su general y presta su concurso con entusiasmo a las órdenes que le dan, la pasión se hace la auxiliar de la razón contra el pecado. La cólera es el nervio del alma; la nutre de ener-

gía para la perseverancia en el bien. Cuando el alma se encuentra debilitada por el placer, la cólera la sostiene como una armadura de hierro y de débil y relajada que era la convierte en austera y fuerte.

Si no se está excitado contra el demonio, ¿cómo será posible odiarle como es preciso? Sin embargo, conviene desplegar tanto ardor para amar a la virtud como para odiar al pecado. En este caso, la cólera es especialmente útil cuando, obedeciendo a la razón como el perro al pastor, permanece dulce y manejable para los que de ella se sirven, dócil a la voluntad que la dirige. La voz y la vista de un extraño la enfurecen aunque aparente dulzura; pero el llamamiento de una palabra familiar y amiga la calma al punto.

Tal es la colaboración preciosa y conforme a nuestra naturaleza, que el apetito irascible puede prestar a la parte racional del alma. En efecto, el que tenga estas disposiciones será irreconciliable e intratable con los adversarios que le tiendan trampas; sin pactar nunca con lo que le fuera perjudicial, detesta sin cesar al placer pérfido como a un lobo y no desea más que hacerlo pedazos. He aquí los servicios que la cólera puede prestar a los que la saben manejar (5).

Así los estoicos hablaban de poner la violencia al servicio de la razón, y Platón dirigía la cólera (θῦμος) contra la pasión (ἐπίθυμ' ία'. Nuestro moralista indica seguidamente cómo este tratamiento puede y debe generalizarse.

Cada una de las otras potencias, según la manera como sirvan, se hacen buenas o malas para su poseedor. Así, respecto al apetito concupiscible del alma, el que usa de los deleites carnales y de los placeres impuros es un detestable impúdico; el que, por el contrario, se dirige al amor de Dios y al deseo de los bienes eternos es un bienaventurado digno de imitación. Lo mismo sucede para la parte razonable del alma; el que hace un buen uso es prudente y sabio, mientras que el que aguza su espíritu para dañar al prójimo es un hipócrita malhechor. Guardémonos de hacer un instrumento de pecado de aquello que nos ha sido dado por el Creador con miras a nuestra salud (6).

No habría más que utilizar este método para obtener un tratado completo de la utilización de las pasiones. San Basilio ha establecido el principio y esbozado las primera aplicaciones.

III. Las desgracias

Sin mantener una relación directa con el pecado, las desgracias de la vida no dejan de ser una ocasión fácil para caer en él. La turbación que resulta de una desgracia, ¿no es ya una forma y principio de mal? Deseosa de remediar este eterno tormento a la pobre humanidad, la filosofía pagana había multiplicado en vista de las horas de adversidad los escritos de consuelo y reconfortantes. Basilio no ha desdeñado recordarlos vertiendo a su vez sobre el problema del sufrimiento la luz de las esperanzas cristianas. Primeramente —dice— que Dios no ha hecho el mal, que es debido a los desfallecimientos del libre albedrío. De este primer desorden los males sensibles son la sanción (7). Basilio insiste sobre la movilidad del ser humano, cuerpo y alma comprendidos, que es la fuente principal de nuestras miserias (8). Pero después del Evangelio es, sobre todo, cuando una cierta tolerancia se convierte en ley providencial del mundo.

Todo justo es llamado a salir al encuentro de la desgracia a causa del género mismo de vida por él adoptado. Cuando se separa de la vía larga y espaciosa para seguir la vía estrecha encuentra necesariamente la tribulación (9).

¿Es necesario decir que si el dolor es querido por Dios, lo es por nuestro Bien?

Para los que están bien dispuestos, las tribulaciones son como una especie de ejercicio que conduce al atleta a la gloria cuando, injuriados, bendecimos; perseguidos por blasfemias, rezamos; afligidos, hacemos de nuestra aflicción un motivo de gloria. Pero es vergonzoso bendecir a Dios en las circunstancias favorables y guardar silencio en las tristezas y adversidades. Por el contrario, es entonces cuando más hemos de dar gracias, puesto que *el Señor castiga a aquel a quien ama (10).*

Uno de los fines de esta corrección es el volvernos hacia Dios.

Los niños pequeños, muy negligentes para el estudio, cuando han recibido unos azotes de sus maestros o preceptores se hacen más aplicados a las enseñanzas dadas, y la misma lección que antes no era comprendida, como si el dolor de los golpes les hubiera de súbito abierto los oídos, es prontamente percibida por éstos y recibida por la memoria. Lo mismo sucede a los que abandonan la doctrina divina menospreciando sus preceptos. Cuando han recibido la corrección de Dios sus mandamientos continuamente pronunciados y siempre menospreciados hasta entonces, son recibidos como si los oyeran por primera vez (11).

Estimulante del sentimiento religioso el sufrimiento puede ser también una escuela de virtud.

El mal propiamente dicho, es decir, el pecado..., depende de nuestra voluntad, puesto que está en nuestras facultades el abstenernos o el cometerle. En cuanto a lo demás, unos nos son puestos como combates para mostrar nuestro valor, como en Job la privación de sus hijos, la pérdida de todos sus bienes en un momento, y las llagas de sus úlceras. Otros son remedio contra nuestros pecados, como en David el deshonor de su casa en castigo a su pasión culpable. Conocemos todavía otra clase de males que son introducidos por el justo juicio de Dios para designar los que se encaminan hacia el pecado; tal es el caso de Dathan y de Abirón. Del hecho de este suplicio no mejoraron ellos; pero los otros se hicieron más cuerdos con el ejemplo (12).

Las calamidades públicas se comprenden como un castigo colectivo de los pecados públicos. De todas maneras para el que penetra los planes de la Providencia se produce un trastorno de los valores que transforma el sentido de nuestras aficiones. «La carne sufre, pero es para curar el alma; el pecado es herido de muerte, pero es para hacer vivir la justicia» (13).

Importa primeramente no olvidar que la desigualdad de nuestros destinos será siempre un misterio.

Tú preguntas por qué la vida del pecador se prolonga, mientras que para el justo los días de su peregrinación son cortos; por

qué el culpable es dichoso y el fiel desgraciado; por qué el niño muere antes de la edad adulta, por qué las guerras, los naufragios, los terremotos, las sequías, las inundaciones; por qué la existencia de los seres dañinos al hombre, por qué uno es esclavo y el otro libre, éste rico y aquél pobre...; por qué esta alma ha sido colmada de beneficios mientras que aquélla parece maldita, y cuál será la sanción de cada uno. Cuando estos pensamientos te vengan al espíritu, recuerda que los juicios de Dios son un abismo y que no es dado al primero que llega comprender lo que se encierra en los tesoros divinos (14).

Este «abismo» puede, hasta cierto punto, aclararse por una mejor apreciación del bien y del mal que nos obliga a rectificar los juicios que hacemos las «anomalías superficiales» y tener en cuenta las compensaciones de la fe.

Cuando veas al malo enriquecerse y al justo en la miseria, no temas ni te abandones a la tristeza como si no hubiera providencia que vela sobre los actos humanos... Nada de esto servirá al rico a la hora de la muerte, puesto que no puede llevarse consigo su fortuna. Habrá conseguido en esta vida ser llamado feliz por los aduladores; pero en el momento de morir no importará nada toda esta opulencia; apenas recibirá una vestidura para cubrir sus desnudeces, y eso si quieren los servidores encargados de su último tocado. ¡Feliz si consigue un poco de tierra! Todavía lo deberá a la misericordia de los encargados de sus exequias, que así lo acordarán por respeto a su naturaleza humana, no como un honor personal, sino como un honor rendido a la humanidad. No te acobardes, pues, ante el presente, y cuida de tu vida dichosa en la eternidad. Entonces verás convertirse en bien para el justo su pobreza, su oscuridad y sus privaciones (15).

Mientras tanto deben bastarnos los bienes comunes a todos en el orden de la naturaleza y de la gracia.

Tú no tienes linaje ni gloria, pobre e hijo de pobres, sin casa, sin ciudad, enfermo: ¿te falta el pan de cada día? No te apene el carecer de lo que comúnmente es envidiado aquí abajo... Eleva, por el contrario, tu alma a los bienes que Dios te concede ya y hacia lo que te promete para el porvenir.